

El Padre Arrupe y los retos de su recuerdo

José María Tojeira, SJ.

Hablar del P. Arrupe es un verdadero desafío. Primero por que como jesuita apenas tuve oportunidad de hablar con él, e incluso las dos veces en que lo hice no fueron sus mejores momentos. En el 77 venía cansado de un viaje desde Nueva York y debió cansarse un poco de mí, joven sacerdote entonces y aficionado al periodismo, y empeñado en sacarle alguna declaración lo más utilizable en pro de la transformación de estructuras. Y la segunda fue en su lecho de enfermo, a principios del año 89, donde solo pude alcanzar a ver y escuchar dos cosas. Un amén al final de la bendición en la Misa, y unos ojos que se abrieron más de repente, se fijaron en mí y se le llenaron de lágrimas, cuando el Hermano Bandera le dijo que yo era el Provincial de Centroamérica, donde habían matado a Rutilio Grande.

Y en segundo lugar porque pienso que su legado a la Compañía, como el de toda gran persona a una institución, tardará todavía algún tiempo en verse en su complejidad y en su magnitud. Cuando algunos dicen que lo que fue Juan XXIII para la iglesia lo fue Arrupe para la vida religiosa ("El Juan XXIII de la vida religiosa" decía Ellacuría en una de sus reflexiones) y especialmente para la Compañía, están dando sintéticamente una respuesta de significado global que comparto. Pero discernir esa afirmación, mostrar en qué aspectos se vuelve más importante y en cuáles no tanto, es todavía trabajo para la reflexión y el

estudio. Tanto más importante cuanto las herencias personales, si se encierran en frases o en palabras grandilocuentes, pueden convertirse, con el paso del tiempo, en esos lugares comunes de autocomplacencia que acaban perdiendo todo significado. En ese sentido, creo importante que el año Arrupe al que se nos invita cuente con algún plan de lecturas de algunos de sus discursos y reflexiones, que podríamos llamar emblemáticos, y con algunas reuniones comunitarias en las que reflexionemos y oremos juntos la herencia de este compañero nuestro.

Para comenzar diciendo algo, hay que repetir lo que afirman quienes estuvieron más cerca de él. Era un hombre bueno que tenía a Dios como fundamento de su vida. Todos los que le trataron coinciden en afirmar su ejemplaridad. Preocupado por la identidad de los “compañeros de Jesús”, Arrupe definía al jesuita como “un hombre enteramente dedicado a Jesucristo con un amor que llega al nivel del tercer grado de humildad”.

Y eso mismo es lo que solían decir de él quienes lo conocieron. Un hombre bueno que, siendo Superior General de la Compañía de Jesús, continuó predicando a Cristo a su propia orden, que entonces miraba demasiado hacia dentro de sí misma, a su poder y a su influencia en este mundo, y la volcó con Cristo a la misión. No es de extrañar que la Compañía haya decidido iniciar el proceso de beatificación de quien sistemáticamente, con la palabra y el ejemplo, nos invitó a todos a entregarnos al seguimiento del Señor crucificado.

En la génesis de este espléndido jesuita hubo elementos muy sencillos. Enamorado de Cristo en los Ejercicios, la vida le abrió a la universalidad de la misión de la Compañía. La Filosofía y Teología en el destierro europeo, el último año de la teología y la tercera probación en Estados Unidos, y sobre todo el destino al Japón le abrió a lo diferente de sí. Le enseñó a escuchar y al mismo tiempo a ampliar su visión del mundo y del ser humano. A consumirse en deseos de eficacia misionera y a mantenerse paciente, tratando de buscar en la profundidad de la persona los elementos comunes sobre los que se podría construir una fe adulta en el Señor. De él es la anécdota que narra el acompañamiento de un japonés interesado en el cristianismo. Tras largas sesiones demostrándole la existencia de Dios y explicándole los intrincados razonamientos del occidente cristiano, que desde la primera causa creadora llegan a la encarnación y la salvación, el japonés

decidió convertirse. Pero le explicó a su ilustre catequista que no se convertía porque le convenciera lo que se le había dicho, sino por la convicción y el entusiasmo personal con el que se le hablaba de la fe cristiana.

Pero no todo fueron éxitos ni descubrimientos culturales. En la cárcel como sospechoso de espionaje en el Japón durante 34 días, supo aguantar un interrogatorio de 37 horas seguidas mientras permanecía amando una cultura tan diferente de la vasca, espontánea, franca y directa, que le caracterizó toda su vida. Pocos meses después del interrogatorio político comenzaría sus 12 años de Maestro de Novicios.

A la experiencia de lo diferente se sumó en Arrupe la vivencia del dolor y el sufrimiento humano. Leyendo algunos de sus escritos previos al generalato se puede advertir que el hecho de ser testigo de la primera bomba atómica se constituyó en una terrible experiencia vital, un interrogante permanente y una fuente continua de sensibilidad. Asombrado por el terror (todavía hoy nos duelen e impactan los rostros de los sobrevivientes de Hiroshima), supo entregarse a curar, junto con sus novicios, convirtiendo el Noviciado en un hospital de emergencia.

Toda una transformación informal de una de las estructuras jesuíticas más cerradas, sabiendo unir lo que en el noviciado es la excepción, la experiencia de hospitales, con lo que la vida del apóstol exige como regla, la solidaridad y el servicio.

Desde estas experiencias hondas de lo distinto, de la diversidad humana enriquecedora, y del dolor, nacen las dos grandes preocupaciones del Padre Arrupe: el respeto a las culturas junto con la predicación del Evangelio inculturado en las mismas, y la unión entre fe y justicia. Aunque ambas preocupaciones son ciertas, se acercó a ellas de diferente manera. El tema de la inculturación de la fe fue plenamente suyo, aunque no exclusivo. Incluso la palabra inculturación, cuando los antropólogos usaban asiduamente el término de aculturación para definir la relación entre las religiones de los dominadores y los dominados, muestra un modo muy diferente de acercarse a la realidad desde el Evangelio. El descubrimiento del otro como imagen de Cristo, como superior al que hay que servir, rompe los esquemas de una idea de misión prepotente y dominadora, clásica de las épocas coloniales, y

la sustituye por la convicción de quien sabe que es aprendiendo de otras culturas como se puede llegar a la fusión entre evangelio y mundo no occidental. Para Arrupe, en su dinámica vital, es primero el hecho de que las culturas diferentes nos evangelizan, aportan a la riqueza del evangelio, el hecho de que los pobres nos evangelizan. Pero desde ese principio de descubrir en el otro, en el diferente, en el bárbaro, como sonora y burlescamente lo definieron los griegos, una fuente de enriquecimiento para sí mismo y para el Evangelio, no le fue difícil descubrir en el pobre, en el que la sociedad definía como ajeno a sí misma, alienado, a la figura del Cristo crucificado al que había que convertirse y bajar de la cruz. Incluso antes de la Congregación General 32 Arrupe decía que la opción por unir fe y justicia tendría necesariamente un costo. El precio de unirse a una larga peregrinación de esfuerzos liberadores que era simultáneamente una pasión en el doble sentido de la palabra: cruz y radical anhelo esperanzado.

Arrupe vivió esta doble síntesis, entre fe y cultura, y entre fe y justicia, desde una enorme fidelidad y libertad. Era un verdadero místico y nunca dejó de beber incluso en las aguas más tradicionales de la devoción religiosa. La devoción al Sagrado Corazón, por poner un ejemplo, la vivía con una intensidad que no era seguida por muchos. Y al mismo tiempo era un apasionado de lo distinto. Nunca dejó de preguntar por lo diferente, por lo que no entendía, por lo que aparentemente se le presentaba como problema pero que él veía siempre como camino de aprendizaje. Cuenta Jon Sobrino que cuando se dieron las primeras quejas contra él a causa de algunas afirmaciones cristológicas en el marco de su teología de la liberación, Arrupe le mandó llamar. Y a lo largo de varios días, durante aproximadamente 11 horas, le estuvo preguntando por las características de la nueva teología. Arrupe se abrió simultáneamente a lo nuevo y hacia lo más profundo de sí mismo. En cierto modo así comprendía él lo que era ser contemplativo en la acción: "Mantengamos intacto el principio: el que se abre a sí mismo hacia el exterior, debe no menos abrirse hacia el interior, esto es, hacia Cristo. El que tiene que ir más lejos para socorrer necesidades humanas, dialogue más íntimamente con Cristo. El que tiene que llegar a ser contemplativo en la acción, procure encontrar en la intensificación de esta acción la urgencia para una más profunda contemplación"(1, Nov. 1976).

Esta síntesis permanente hacía de Arrupe un hombre libre. Incluso ingenuo, si así quiere llamarse a quien no tiene doblez, sino enorme confianza en los demás. Confianza que le hacía profundamente humano, con ese tipo de humanidad que suele herir al fariseo y a quien vive de las apariencias. Incluso su fidelidad a la Iglesia está entretejida con esta libertad. Si la libertad es el instrumento principal de cualquier persona que quiera servir, hay que ser especialmente libre con quien más se quiere. Y así pensaba Arrupe, desde su amor a la Iglesia sin fisuras, incluso en los laberintos, a veces demasiado complejos, de las estructuras eclesiales del Vaticano. Ello explica en parte algunos de los problemas que tuvo en Roma.

Pero más allá de las relaciones con la Iglesia, marcadas siempre por la fidelidad, es esta misma libertad la que le ayuda a lanzar a la Compañía hacia la realidad actual. A salir de una especie de anquilosamiento monacal, y comenzar de nuevo a tomar el pulso complejo del mundo en que vivimos. Un texto de él nos puede de nuevo reflejar cómo vivía en su calidad de Superior General, la relación entre libertad y misión: "El servidor tiene que ser un hombre libre, dueño, señor de sí mismo y de todos los resortes de su existencia, porque sin esta libertad, sin este señorío, no puede ser para otros. Y sólo este hombre es también capaz de ser con otros, de convivir, de construir una plena convivencia social, familiar, política... el único que sabe hacer más humano (y por ello más divino) nuestro mundo".

Este estilo libre y humano al mismo tiempo posibilitó que la autocrítica regresara a la Compañía. De una Compañía dura muchas veces, con un sentido de obediencia en el que apenas cabía el diálogo, se pasó muy pronto, a veces con errores también, a un cuerpo en discernimiento, en diálogo, en escucha mutua. Arrupe enseñó a vivir el voto de obediencia en la doble dirección. Obediente como nadie al Sumo Pontífice, era también capaz de buscar la obediencia al Espíritu en la escucha de sus súbditos. Tanto en superiores como en súbditos, el voto de obediencia tiene una única finalidad, ser obedientes al Espíritu, siempre transformador y novedoso, de Jesucristo. Un fin que exige discernimiento, autocrítica y crítica de la realidad al mismo tiempo, y que es uno de los elementos básicos que constituyen el rostro de la Compañía actual. Algo que empalmaba en realidad con aquel Ignacio en constante discernimiento, que pasaba con tanta facilidad de la

caballería ligera a las instituciones universitarias y colegios, que se saltaba con frecuencia las normas que él mismo iba poniendo en las Constituciones, pidiendo que algunas comunidades nombraran superior por la vía de la elección, cambiando destinos cuando veía que el "subieto" o las circunstancias no daban para más, e insistiendo en la complementariedad entre los jesuitas en la tarea apostólica.

Esta libertad, puesta al servicio del Espíritu y de la misión, contribuyó también a que la Compañía, a pesar de la reducción en su número, recuperara un prestigio más auténtico. La Compañía, es conocida hoy, cada vez más, por su entrega a la misión y por soportar la prueba, incluido el martirio. Abandonar la eficacia que agrada al mundo o al poder, la vuelve más fiel a sus inicios. Porque al final, es el discernimiento apostólico, profundamente unido al Señor pobre y humilde, el que le da eficacia a esta orden. La mayor gloria de Dios, el magis, es imposible sin discernimiento. O se convierten en palabras vacías o se mundanizan en contacto con la gloria vana y el magis que el mundo también persigue. Discernir a la luz de los Ejercicios Espirituales, con sus meditaciones del tercer grado de humildad, de las banderas, de la llamada del Rey Eternal, rompe los esquemas y las barreras y hace a la Compañía universal y eficaz. Y este Arrupe, espiritual y libre al mismo tiempo, fue, tras el Concilio, una pieza fundamental a la hora de recordarnos en dónde debíamos poner el énfasis de nuestro discernimiento.

En este sentido, y sería un excelente ejercicio para la vida religiosa abierta al mundo contemporáneo, es impresionante releer la primera de la serie de tres instrucciones que, a modo de retiro, dio Arrupe a los jesuitas congregados en la CG 32. Ningún discurso como ése, a mi juicio, revela la magnitud del jesuita que tuvimos como general durante 18 años. Y por ello me animo a hacer un breve resumen del mismo, jalonado de sus citas.

Veía entonces Arrupe a un mundo embarcado en procesos de cambio sumamente veloces, muchos de ellos con semillas claras de bondad, pero, al mismo tiempo, profundizando en su propio seno, y a gran velocidad, las diferencias injustas. "La misma Humanidad, que se vuelca por un lado a la conquista de una mayor unidad y solidaridad, de más dignidad y libertad, de mayor participación y responsabilidad, padece por otro, las más profundas divisiones y tensiones internas,

nuevas formas de tiranía y de marginación, nuevas inseguridades, nuevos vacíos de sentido y, consecuentemente, nuevas desilusiones de cara al futuro”.

Para poder... “servir a la Iglesia bajo el romano Pontífice”, en este mundo complejo y lleno de contradicciones, sólo hay una vía según Arrupe: Debemos encontrar “nuevas exigencias de aceptación más radical e incondicional del Evangelio..., de lo contrario degeneraremos estérilmente y, en vez de fermentar el mundo, seremos reabsorbidos por él”.

O en otras palabras, ante este mundo que evoluciona tan rápida y tan ambiguamente, solo podemos tener como jesuitas (como religiosos y religiosas, podríamos decir también) una actitud fundamental: “la entera apertura al Espíritu que renueva la faz de la tierra”. E incluso insiste: “no podemos quedarnos atrás corrigiendo los errores, sino que hemos de esforzarnos por proyectar, aquí y ahora nuestra luz hacia el porvenir, tratar de sorprenderlo y acompañar la marcha, el cambio, desde la acción inspiradora y transformadora del Espíritu”.

En un tiempo en que discutíamos, incluso con dureza y crueldad, si había que cambiar primero las estructuras y después los corazones, o viceversa, Arrupe insistía: “Si la salvación social no es religiosa al mismo tiempo, es decir, no va hasta el fondo de la iniquidad y el desorden social, hasta la fuente de la idolatría, que es el rechazo de Dios en el corazón del hombre, es imperfecta y corre el riesgo de crear nuevos ídolos, nuevas injusticias, olvidándose que no se puede liberar perfectamente al hombre si no es por la gracia de Cristo y la conversión a Él”. E inmediatamente añadía: “Si la acción religiosa no abraza la dimensión social de la vida humana, no responde al hambre y la sed de justicia, tampoco será completa: creará una falsa imagen de Dios y del mensaje de salvación y liberación que se nos ha confiado, y será también a la larga, fuente de nuevas injusticias y de nuevos ateísmos”.

Este ímpetu apostólico, esta visión de una realidad sangrante que necesitaba redención, no es ciega en Arrupe ni en sus anhelos ni en sus métodos. Como cristiano radical, este hombre limpio de corazón, recuerda también a la Compañía que esta tarea no será auténtica si no viene marcada con el sello de la cruz. “La superación de las grandes contradicciones de nuestro mundo, la liberación integral hoy del hombre, pasa, con Cristo, por la locura de la cruz. Nuestra tarea de evangelizar

no es, paradójicamente, problema de palabras sabias, ni de poder humano, sino de manifestación del poder del Espíritu en el débil, en el pobre, que el Señor se ha escogido para confundir a los fuertes". En ese sentido, Arrupe no hace más que recordarnos lo que ya los jesuitas antiguos colocaban en el proemio de las Constituciones. En palabras de nuestro buen general, si queremos eficacia apostólica, debemos de alguna manera presentarnos ante el mundo pobres, castos y obedientes, desposeídos de todo, renunciando a los ídolos que el mundo ha creado en el placer, la riqueza y el poder. "Hombres crucificados al mundo y para quienes el mundo está crucificado" que decía Ribadeneira, o "deshechos del mundo" como ya formulaba S. Ignacio.

El jesuita, en muchos aspectos, debe ahora convertir lo que tradicionalmente hemos considerado una espiritualidad propia en una verdadera cultura que propone un nuevo modo de relacionarse entre los seres humanos, de valorar y de vivir en sociedad. Presintiendo, de alguna manera, lo que en la CG 34 culminó, añadiendo a la fe y la justicia el esfuerzo por dialogar con las culturas y con las religiones, Arrupe proponía ya ante los congregados 20 años antes de la última Congregación: "Lo que hoy fundamentalmente se necesita es un hombre nuevo, un humanismo nuevo, fundado en valores, en maneras de ver, de pensar y de actuar distintas de las actuales". Ni el mundo puede esperar, ni la Compañía puede cruzarse de brazos ante esta tarea. Desde "la creatividad del pequeño y del humilde (mínima Compañía)", debemos escuchar la voz de los países del subdesarrollo que "presionan a los países desarrollados a un drástico control de su propio desarrollo, al dominio propio, a la austeridad, a la renuncia, en aras de una mayor solidaridad humana, que es también últimamente cristiana". En otras palabras, debemos acompañar a los pobres en sus esfuerzos por construir una nueva cultura en la que la austeridad, el desarrollo compartido y la solidaridad se vuelvan universales.

Aunque releendo la parte novena de las Constituciones, en la que Ignacio se pregunta "cuál haya de ser el prepósito general", pueda uno encontrar un vivo reflejo de las virtudes de Arrupe, a mí me gusta, pensando en él, referirme a la capacidad de discernimiento como el don más eximio de este hombre santo. "Y aunque la doctrina es muy necesaria a quien tendrá tantos doctos a su cargo -decía S. Ignacio-

más necesaria es la prudencia y uso de las cosas espirituales e internas, para discernir los espíritus varios y aconsejar y remediar a tantos que tendrán necesidades espirituales, y así mismo la discreción en las cosas externas y modo de tratar de cosas tan varias, y conversar con tan diversas personas de dentro y de fuera de la Compañía". Abierto a la diversidad y dificultad de la realidad, y entregado al discernimiento para la acción evangélica sobre esa misma realidad, Arrupe es un modelo de la fidelidad creativa que el actual Superior General recomendaba a la Compañía en la última reunión de Provinciales.

Si en un principio los cambios acelerados en Centroamérica y entre los jesuitas que aquí vivimos le sorprendieron, sobre todo por las divisiones que el proceso entrañó, de nuevo el diálogo, la escucha y la apertura enorme a la cruz y a los crucificados de este mundo, le reconcilió rápidamente con quienes en algún momento sufrieron su desconfianza. En la persecución, Centroamérica encontró ya en Arrupe una palabra de ánimo y un respaldo que iba incluso más allá de lo que los sabios de este mundo hubieran recomendado. Los encuentros con Monseñor Romero estuvieron marcados curiosamente por una misma frase dicha por ambos en referencia cada uno al otro: "Ese hombre es un santo". Monseñor Romero la escribió en su diario refiriéndose a nuestro General. Arrupe, amigo que lo consolaba y confortaba en sus visitas a Roma, ambos tan fieles a la Iglesia y tan incomprendidos por algunos de sus representantes, no dejaba de repetir la misma frase cuando se interesaba por las circunstancias de la muerte martirial del arzobispo.

En este año Arrupe, el recuerdo de este testigo de la barbarie y de la esperanza del siglo XX, siempre en fidelidad y discernimiento creativo, puede motivarnos y espolearnos de nuevo para seguir configurando un compromiso religioso y un nuevo cuerpo apostólico en los que la cruz, el discernimiento constante y la entrega a los más pobres sean la fuente permanente de nuestra vida, multiplicación y eficacia. El año Arrupe se convierte en una oportunidad más de profundizar en nuestra misión y en nuestra entrega a la misma.